

Para Andrés, la esperanza está en Bitkine

GONZALO SAAVEDRA

En el centro mismo de Africa, en la frontera con el Islam, un joven estudiante jesuita fue misionero por dos años. Sufrió y gozó casi al mismo tiempo, y dice que también se hizo más hombre, más cristiano. Ahora, Andrés Vargas está estudiando en Chile para ordenarse sacerdote... y volver.

En Bitkine, los espíritus de los ancestros deambulan por todas partes, hacen fiestas ruidosas en el monte y mandan a la pantera a rugir al pueblo cuando se ha cometido un pecado. A ellos se les rinde culto y se les ofrecen sacrificios pues, de acuerdo con la religión tradicional o animista, son los responsables de los éxitos o los fracasos hasta en las actividades más cotidianas.

En Bitkine no hay agua potable ni luz eléctrica; no hay alcantarillado, ni teléfono, ni pavimento; tener un caballo o una carreta es un verdadero lujo.

En Bitkine, la violencia está presente casi a diario: cuando no son ataques de etnias distintas de la local -la *kenga*-, lo son de la Guardia Nacional del gobierno.

En Bitkine hay diez mil personas que viven el dolor a cada rato y casi todo el rato.

Y sin embargo, en Bitkine no es necesario siquiera postular que Dios existe. Porque en ese pueblo en el centro del Chad y de Africa, Dios es más concreto que los caballos escasos o que las casas de adobe con techos miserables. Andrés Vargas (28, estudiante jesuita), nada sabía de Bitkine cuando, después de egresar del colegio San Ignacio de El Bosque, entró a estudiar medicina. Fue ahí donde tuvo referencias de Albert Schweitzer, un médico alemán que se fue al Africa, a Tanzania, durante la II guerra mundial, a servir a los nativos que estaban abandonados y obligados muchos de ellos a enrolarse para un conflicto en el que no tenían arte ni parte.

En la vida de Andrés no andaban deambulando ánimas o espíritus agresivos, pero sí una vocación cristiana muy fuerte. Tanto que, dos años después, decidió abandonar la carrera para entrar a la Compañía de Je-

sús. *«Lo hice respondiendo a una vocación mucho más general de sacerdote, pero con la idea de orientar mi vida al servicio de la gente más pobre. Y siempre con las historias de los misioneros en el corazón...»*, recuerda y se ríe.

En 1986, un llamado del Superior General de los Jesuitas permitió que esas historias no quedaran para siempre sólo en el corazón de Andrés. Se pedía a las provincias de América Latina, que tenían más vocaciones que las de Europa, que apoyaran las provincias de Africa Occidental que abarca doce países. Unos cuantos jesuitas, sacerdotes y estudiantes, respondieron y se ofrecieron para ir.

Se decidió que todos ellos serían concentrados en el Chad, que es el país donde hay más obras -hay unos 70 jesuitas a cargo de dos de las cinco diócesis del país- y donde la evangelización comenzó más tarde, hace 45 años.

«Le pedí a mi provincial que me mandara en magisterio, una etapa de dos años en la que se hace una práctica pastoral», cuenta Andrés. *«Eso me permitiría conocer la cultura, los jesuitas que estaban trabajando allá y ver si me daba el cuero, el estado físico y psicológico para vivir y consagrar mi vida en ese lugar»*.

En el Chad, un país de unos cinco millones de habitantes, las lenguas oficiales son el francés -herencia de los colonizadores que estuvieron hasta 1960- y el árabe, aparte de más de otras 230... Y Andrés no sabía ninguno de esos idiomas. Antes de llegar a Africa, entonces, pasó seis meses en París aprendiendo francés y luego, en N'Djamena, capital del Chad, siguió un curso Intensivo de árabe oral, pero con caracteres latinos, ideado por un sacerdote jesuita. Esto le permitiría comunicarse suficientemente y la escritura árabe -aparte de ser suma-

mente compleja— no le haría mucha falta en un país en que las tasas de alfabetismo no superan el 10 o el 15 por ciento. Recorrió el sur del Chad, que en su mayoría es cristiano o animista — *«mucho más evangelizado»*— y luego llegó a la región del Guera, 450 kilómetros al este de la capital, en el centro del país.

Misión en la frontera

En esa zona está Bitkine, que es capital de provincia. Ahí hay una comunidad cristiana de unas cien personas — *«si contamos hasta los perros, porque bautizados habrá unos 20...»*— y una de las cuatro parroquias que mantiene la Compañía de Jesús, en medio de gran cantidad de mezquitas. *«Casi el 80 por ciento de la población es musulmana, cuenta Andrés; el resto, sobre todo los grupos alejados de los centros urbanos, son animistas, pero la religión tradicional va en retroceso: la mayoría de los jóvenes abraza la religión musulmana, muchas veces por razones más bien prácticas: es fuerte, influyente y poderosa en términos económicos.»*

—¿Por qué se mantiene una parroquia, entonces?

— *«El obispo insiste en que es esencial, porque ahí están las comunidades autóctonas más septentrionales del Chad. Es la frontera con el Islam.»*

Una vez instalado, Andrés comenzó a trabajar en la parroquia, ayudando a la catequesis, entre otras labores, lo que no siempre fue muy fácil. *«¿Se puede comer la carne de un animal que se ha sacrificado a los espíritus?»*, es una pregunta nada de inhabitual entre la comunidad cristiana, donde el animismo aún está bien asentado. También, como le sucedió a Andrés con un caballo que compró y al que le quitó toda una colección de amuletos que, según las creencias, librarían al animal y a su dueño de la desgracia: *«¿Por qué se los quitas, como te vas a proteger...? Los amuletos, claro, los puede uno quitar, pero hay otros que están demasiado firmes en la cultura...»*

— *«Mi objetivo era evangelizar: responder a las necesidades de una comunidad cristiana que ha encontrado lo suyo ahí, integrando bastante toda la religión tradicional, respetando y exigiendo respeto.»*

— Pero ¿hasta dónde llega el respeto? ¿Qué ocurre, por ejemplo, con el concepto de familia?

— *«Allá la poligamia es la norma común, sobre todo en el mundo musulmán. Pero muchas veces incluso un catequista cristiano se vuelve poliga-*



El amigo y misionero: *«Pude estar con mis hermanos, que tienen otra cultura, otro idioma y hasta otro color... Y a pesar de eso, compartimos lo esencial.»*

mo, porque se muere un pariente suyo y le corresponde asumir a la viuda, por exigencias de la cultura. Se le dice que puede hacerse cargo de ella, sin hacerla su mujer, necesariamente...»

Otro de los «choques» importantes es el que se da con el ambiente de violencia generalizado: desde que el Chad obtuvo su independencia, han pasado 30 años de guerras continuas. Los gobiernos se suceden por golpes de Estado y practican lo que se conoce como «cleptocracia», cuenta Andrés, con un uso indiscriminado de la fuerza.

— Y tú quieres volver a eso...

— *«Sí—suspira y se ríe—. Ahora tengo que retomar mis estudios de Teología en Chile para ordenarme sacerdote. La idea es que yo vuelva con alguna licenciatura en teología para terminar, después de algunos años, como profesor del seminario del Chad.»*

— ¿No cuesta encontrar la esperanza en un escenario de dolor? ¿No hubo momentos de angustia?

— *«Yo ahí—se ríe nervioso—... yo topé fondo, con todas mis limitaciones, con todo lo que significa mi opción de vida... Pero sentí que me había hecho mucho más hombre. Quiero volver, porque descubrí que es ahí donde uno dice: «en verdad soy cristiano, en verdad para mí Jesucristo es una respuesta, una esperanza, la vida». Cuando estaba enfermo o asustado, podía estar con mis hermanos, que tienen otra cultura, otro idioma y hasta otro color... Y a pesar de eso, compartimos lo esencial: somos seres humanos, hijos de Dios y estamos llamados a la felicidad.» ■*